



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 10475

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11,25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 3 DE OCTUBRE DE 1896.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreta, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

D. CONCEPCION BLASCO Y HUESO

Profesora de partos en la Clínica ginecológica y Sala de partos de dicha capital y posteriormente en Orihuela, en cuya ciudad estuvo encargada de la Sala de Maternidad, al establecerse en esta ciudad tiene el honor de ofrecer sus servicios profesionales á las señoras que se dignen dispensarle su confianza y á los señores Profesores Médicos por si tienen á bien utilizar su concurso y modesta cooperación.
Su domicilio, calle de San Fernando, número 17, principal.

MATERIAL AGRICOLA

Prensas para vinos.—Bombas para trasego, riegos, lavar y rociar plantas.—Morteros para pestos, molidas á vapor viento ó caballería.—Máquinas para taponar y limpiar botellas.—Espino artificial para cercados.—Arados de vertedera.—Desgranadoras de maíz.—Vías férreas, wagonetas, plataformas, cambiós, etc.—Pala trasporte de frutos.—Azadas, legones, picos.—Tuberías de goma y otras.

CANILLO PEREZ LURBE
12, CASTELLINI, 12.

Véase número MODA Y ARTE en la tercera plana.

BUEN DADILAZO

Reciba nuestro más sentido pésame al *exmarino* de *El Imparcial*.

¿Por qué?
¡Ahí es nada! El, que tiró de pluma dispuesto á achicar á todo el mundo, se ha quedado encogido y tal vez sin deseos de volver á la carga.

Si su intento fué defender la maestranza de los arsenales al escribir el artículo *Un arsenal que no trabaja*, se le salió el plan.

Ni pudo salirle.

¿Quién le metió á decir que los barcos que se están construyendo en los establecimientos del Estado resultarían inservibles? Eso no se lo puede agradecer la maestranza, que sabe trabajar aunque le parezca lo contrario á un *exmarino*.

Si quería ésto dar una embestida á la gestión del ministro de Marina, tampoco ha acertado; sin duda á fuerza de llevar el ex años y años ha olvidado el manejo del timón. ¡Como ha de ser! Ese peligro tiene el querer meterse á nuestro negocio, olvidados. Si tal hubiera hecho, no le hubiera salido al camino á cortarle el viaje, el *marino de las Correspondencias*; ni se vería obligado á contender con armus desiguales. ¡Oh! quien por servir en activo ha de estar más al tanto de la materia que se discute.

Resulta pues, que de la obra del *exmarino* de *El Imparcial* no queda nada. Dijo que el *Cardenal Cisneros* media tres mil toneladas, mas que el *Principe de Asturias*; y resulta que son iguales ámbos buques, indicio que los barcos que están en construcción en los arsenales resultarían inservibles y se le ha titulado toda una escuadra que es un primor de construcción naval, sin excluir el *Lepanto* y el *Cataluña* que aun no navegan y ya hay quien los admira. Quiso volver por la maestranza del Ferrol y le ha dado una paliza injusta á la de los tres departamentos.

Quedese en situación pasiva el *exmarino*, sobre todo si la aceptó de un modo voluntario, y deje á los demás que traten de esas cosas de los arsenales, porque sin duda no sabe lo que pasa en ellos.

Además, ¿que va ganando el *exmarino* con que la gente del oficio que lee los periódicos pase la vista por sus escritos y al leer las cosas que cuenta al público lo juzgue incompetente?

Y vaya un cuento ahora para concluir.

Paseabase por la muralla del mar un individuo en noche oscura, que olía á queso porque la hidra amenazaba de cerca. Las guardias se habían doblado y las precauciones militares sallaban á la vista.

—¿Quién vive?—gritó el centine de la batería de soldados.

España—contestó el paseante.

—¿Qué gente?—repitió el soldado.

—Un oficial—gritó el otro.

Se le mandó avanzar para ser reconocido, y como no fuese de uniforme le preguntó el cabo de la guardia.

—¿De qué es usted oficial?

—De sastre—dijo el paseante dándose tono.

El guasón fue detenido y encerrado, pero no sin protesta.

Porque es lo que decía, con sobrada razón:

—A pesar de todo soy oficial.

TIJERETAZOS

«El Diario de la Marina», importante periódico de la Habana, que defiende los intereses del partido reformista, pide que se haga una ley en Cortes, disponiendo que se provean en hijos del país los cargos públicos.

El momento de pedir no puede ser más oportuno.

Dar los cargos á los rebeldes y quedarnos nosotros con las cargas.

Dispense amigo; eso vendrá después.

Ahora de lo que se trata es de dominar el incendio.

Y mientras no se apague no puede haber promesa.

En las Palmas andan muy atareados sobre unas elecciones de diputados.

Parece mentira que haya aun quien se preocupe con esas cosas.

Ya se ocupará en eso quien puede y debe confeccionar el diputado.

A «La Correspondencia» le ha parecido, como á nosotros, que el *exmarino* que escribió ayer en «El Imparcial» el artículo *Un arsenal que no trabaja* hace mucho tiempo que no se ocupa en cosas de marina.

Y le llama hereje.

Vamos, colega, temple usted su arrebató que hasta ahora no hay pruebas de herejías.

Ni de que haya sido *marino* en toda la acepción de la palabra el *exmarino* de «El Imparcial».

Se nos han facilitado unos datos acerca de la cuestión vales.

Y resulta que esos documentos no tienen otro alcance que dígalo alcance sino alcanzan?

Al contrario, acortan.

Se escribe en ellos el jornal de cualquier operario y se convierte aquel en humo.

¿Qué hermanamiento resulta la moralidad en caso de explotación?

«La Justicia» pide á los jefes del partido centralista que convoquen la asamblea.

¿Para qué?
«Para que pongan los delegados como chupa de daimón al Sr. Salmerón»

«El Tiempo» pide que se tenga un criterio para la guerra.

Conformes.
«Pero no se pases al colega que debimos de ir á la guerra» formir un ratito?

«Como si se agrada en el país!»
Sobre todo las familias de los soldados que pelean y derraman su sangre en Cuba y Filipinas.

POR UNA ERRATA

A cualquier escritor dan en la imprenta gato por liebre. El buen sentido del lector rectifica en estos casos las equivocaciones del cajista. Quedase este tan fresco y sigue su curso la procesión, sin que el bueno del autor tenga motivos para quejarse...

Pero hay un momento lúgubre y miedoso en la vida del escritor: cuando el cajista—recordando á ciertos locos muy sensatos que discurren en los manicomios—bajo una apariencia correcta, suelta una errata que no se descubre á la simple lectura, alterando, sin embargo, el sentido de una oración ó volviendo del revés algún concepto. Amigos tengo que, con ser gente de paz, háncese batido por mor de una errata más de cinco veces.

Y qué me dicen ustedes del vergonzoso descabro que, por culpa de un cajista socarrón, sufrió Juan Suaces en sus relaciones con una literata *inédita*? Llamábase ésta—y va de cuento—Blanca Rosicler (a) *Bisteque*.

Pusieronle ese mote culinario algunos amigos y admiradores de ella que la cortejaban asiduamente. Siempre que la poetisa se quejaba lánguidamente de males del espíritu ó de nostalgias del ideal, y amenazaba disparar, para desahogarse, unas seguidillas «A la fana», siempre que se ponía nerviosa y romántica, lo cual acontecía precisamente al pasar por el restaurant, la cuadrilla de sus admiradores la invitaba á penetrar en él, para tomar una cosilla ligera, algo como una horchata que refresca su sangre. Ella entonces, sentada ya á la mesa, después de lanzar un suspiro melancólico, pedía invariablemente un *bisteque*. Tal fue el origen del mote con que la adornaron sus admiradores.

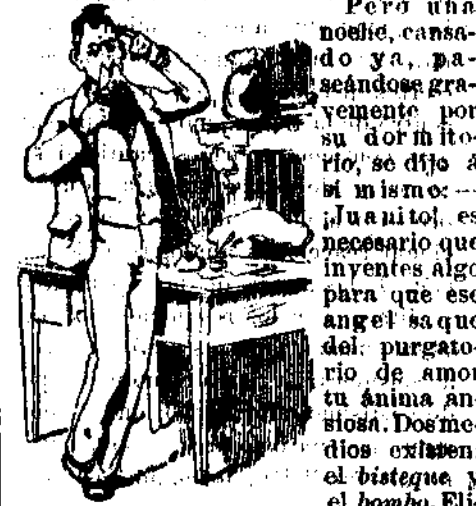


Figuraba Suaces entre éstos en última línea, aguardando pacientemente, como un político sedado, su turno en la

gobernación del Estado. ¿Gobernación he dicho? Pues he dicho mal, porque á ella, dotada de un genio feroz, no la pudo gobernar nunca ningún amante. Pero Suaces aguardaba su turno pacientemente, habiendo tenido el gusto de dar la vez á un impresor que venia detrás de él y que era por entonces el último que aguardaba á la puerta de aquel corazón hospitalario.

Tenían los de la cola gran impaciencia por llegar á la Meta; y, naturalmente, armábase una grisca todos los días porque los primeros gritaban á los últimos:—«¡Compañeros, no arrenuncen, ¡jar!...»

El turno de Juan no llegaba nunca, y el tiempo pasaba y pasaba, y era ya el hombre en aquellas filas un veterano de la guerra de la Independencia. Cualquiera reporter advenedizo que roclase al ídolo común con la salsa de un *bisteque* que lograba situarse delante de Juan, llegando á los postres en un minuto; y á no haber sido porque puso en juego la astucia del siglo para adelantarse algunos pasos que le resultaron á fin retrospectivos, aun se encontraría á ésta fecha el pobre Suaces en aquella larga fila, aguardando su turno.



Peró una noche, cansado ya, paseándose gravemente por su dormitorio, se dijo á sí mismo:—«¡Juanito!, es necesario que inventes algo para que ese angel sa que del purgatorio de amor tu ánima anfibiosa. Dos medios existen: el *bisteque* y el *bombo*. Elige, pues, lo segundo, y suéltale un bombo que la halague y la rinda á tus plantas inerte y gozosa. Ella es una jomona con triochina, que raya en los cuarenta; habla, pues... de su juventud; ella es una escritora adocenada y coruscante... habla, pues, de su genio; y hablando de ambas cosas, y sosteniéndolas bajo tu firma, en mal hilvanado artículo, alcanzarás la gloria en la otra vida y dejarás de hacer el oso en ésta, Juanito.

Y dicho y hecho. Tomó la pluma y redactó un artículo con este título, escrito en letras muy gordas: UN GENIO PRECOZ. Dejando á un lado la modestia, cuando remató su trabajo, como Dios al crear el mundo, *vio que era bueno*. Y como no, si había requido en una sola frase las dos más culminantes dotes de la literata, la juventud y el talento? Por eso, una vez publicado el panegirico en una Revista literaria, después de dejar transcurrir unos cuantos días para hacerse el interesante, y saboreando ya el anticipado goce del triunfo, llamó una tarde á la campan-



lla del Parnaso, (piso cuarto con entresuelo).

—La señorita está en cama por usted, —dijo á Juan la doméstica.

—En cama... y por mí!...

—Buen rato le ha dado usted con él.

—Pues ya lo crecí! ¡Como que la llamaba *genio precoz*! Figúrate tú, muchacha...

—Ha tenido un berrinche agroz.

—¡Un berrinche!... exclamó Juan empezando á sorprenderse.

—Sí, señor, un berrinche. Y ha dicho que á ella, no se la pega ningún chato.

—Bueno! Eso no reza con mi nariz.

Y ha dicho que cuando usted volviése á la casa, la diera yo con la puerta en el hocico...

—¡Muchacha! Tú estás perturbada... Ignoras que tengo el número 53 en el escapafón, número ganado por rigurosas antigüedad? Ignoras que la he largado un artículo titulado *Un genio precoz*! Ignoras...

—Y ha dicho que cuando usted volviése, le llamase en su nombre granuja, pillo y sin vergüenza...

—Pero, chupa, aquí debe de haber un *quid pro quo*. Tú me has tomado por otro, sin duda.

—Pero una noche, cansado ya, paseándose gravemente por su dormitorio, se dijo á sí mismo:—«¡Juanito!, es necesario que inventes algo para que ese angel sa que del purgatorio de amor tu ánima anfibiosa. Dos medios existen: el *bisteque* y el *bombo*. Elige, pues, lo segundo, y suéltale un bombo que la halague y la rinda á tus plantas inerte y gozosa. Ella es una jomona con triochina, que raya en los cuarenta; habla, pues... de su juventud; ella es una escritora adocenada y coruscante... habla, pues, de su genio; y hablando de ambas cosas, y sosteniéndolas bajo tu firma, en mal hilvanado artículo, alcanzarás la gloria en la otra vida y dejarás de hacer el oso en ésta, Juanito.



—Y ha dicho que le devolviese á usted ese artículo infame y calumnioso.

Y diciendo esto, puso en manos del escritor el ejemplar de la Revista que contenía su trabajo. El cuidado fijó en él con ansiedad los ojos.

El impresor, rival de Juan, había cambiado inocentemente el título del artículo; allí se leían con letras muy gordas, que se distinguían á cien leguas, estas palabras: UN GENIO FERROZ.

ANTONIO CORTON.

(Prohibida la reproducción).

Crónica internacional

(De nuestro servicio especial)

Preocupados los ánimos por otros asuntos, vábanse poco menos que relegando al olvido los del Imperio de Marruecos.

Pasaron ya algunos meses y aquellos grandes ruidos de discusiones y curiosidad que despertaron las cuestiones de *Alhucemas* en el Estrecho, no en verdad porque hayan perdido interés, si bien la gravedad inminente algo ha menguado, sino porque el problema de Oriente, y algún otro, preocupa más en estos instantes.

No está Turquía en mejores condiciones hoy que lo estaba cuando, escribimos nuestra anterior Crónica; pero justo es decir que tampoco lo está por estar en el peligro, abocada al desarrollo de serios acontecimientos internacionales, que conserva hasta ahora difícil equilibrio que no puede ser muy duradero.

Mientras las potencias están entrete-